



Y en lontananza se divisa la cuesta de enero. Ha pasado ya la dichosa Navidad cuando uno se atiborra de estúpido mazapán por puro aburrimiento; ha pasado ya la golfa nochevieja, donde a uno le toca divertirse por obligación a hora fija y todo queda luego en una narizota de cartón y acidez en el tubo digestivo. Más o menos los españoles hemos cumplido con el programa de mano: después de no habernos tocado ni la pedrea, hemos llorado de emoción al ver el Niño en la cuna, cualquier tío gracioso ha gastado una gamberrada en el día de inocentes y al final hemos tomado las doce uvas saltando de alegría como si de hecho fuéramos felices. Ha sido la últi-

EL AÑO DEL COMETA

ma oportunidad. Pero en lontananza se divisa la cuesta de enero y este año va de veras.

Nada de rebajas, ni saldos de retales ni leves suspiros porque el dinero no alcanza para fin de mes. En esta ocasión la cuesta se presenta con caracteres de ensueño: los empleados de las gasolineras, uniformados como personajes del Greco, con una mano en el pecho del jubón y la otra en la manguera desolada vigilando con cara de cera las carreteras vacías de asfalto cuarteado; las amas de casa con sayas negras y toca almidonada bajo los porches de los mercados llenos de telara-

ñas comprando arenques podridos; los funcionarios del estado pidiendo limosna por las esquinas; el edificio de la Bolsa detenido, paralizado como un viejo reloj de cu-cú y un bedel muerto, abandonado sobre el parquet cubierto de pólizas; los coches aparcados con el delco lleno de musgo; extraños lamentos por los tejados de la ciudad en las noches largas de enero; lloros de niño famélico que salen de las alcobas ateridas; los basureros recogiendo televisores por la calle; y en la plaza Mayor una gran pira compuesta por todos los cacharros producidos por el neo-

capitalismo en momentos de euforia: neveras, transistores, lavaplatos, tocadiscos, raros objetos para cumplir con la elegancia social del regalo, estatuillas de porcelana, cornucopias, y una formidable hoguera para calentar los huesos del consumidor.

La cuesta de enero de este año del cometa, con un horizonte de carcajadas musulmanas, se presenta de lo más simpático. Volvemos a los tiempos verdaderamente cristianos: por San Millán las campanas tocando a mi'sa están; límpiase con mi pañuelo que yo lo lavaré mañana a la orillita del río. Y cosas así. Una verdadera dicha. ■

VICENT

